

Abate Dinouart

# El arte de callar

Presentación de  
Jean-Jacques Courtine  
y Claudine Haroche

Traducción del francés de  
Mauro Armiño

Biblioteca de Ensayo 7 (serie menor) Ediciones Siruela

## Índice

Presentación	
J.-J. Courtine y C. Haroche	9
<b>El arte de callar</b>	
Prólogo	41
<b>Primera parte</b>	
Introducción	47
Principios necesarios para callar	51
Diferentes especies de silencio	55

Las causas de las diferentes  
especies de silencio 59

## **Segunda parte**

Introducción 65

Se escribe mal 69

Se escribe demasiado 71

No se escribe bastante 99

Principios necesarios para explicarse  
por los escritos y los libros 103

## Presentación

### Las paradojas del silencio

Al padre B. Lamy, que le hacía entrega de su *Arte de hablar*, el cardenal Le Camus le habría hecho, a modo de agradecimiento, la siguiente pregunta: «Es, sin duda, un arte excelente; pero ¿quién nos escribirá *El arte de callar?*».

Tal es el origen de la idea que llevó al abate Dinouart a publicar, en 1771, su *Arte de callar, principalmente en materia de religión*<sup>1</sup>, si hemos de creer a

<sup>1</sup> Nacido en Amiens en 1716, el abate Dinouart forma parte de aquellos eclesiásticos «mundanos» que, en el siglo XVIII, escribieron sobre toda suerte de temas, en particular sobre las mujeres: es de sobra conocido el entusiasmo del siglo por ese tema. Dinouart, por ejemplo, publicará, en 1749, un folleto «anóni-

uno de sus biógrafos. Pero ¿se propone el abate Dinouart escribir un tratado del silencio que sería un arte de no decir nada, de no hacer nada? ¿Preten-

mo» titulado *Le triomphe du sexe* [El triunfo del sexo], que habría de valerle un disgusto con el obispo de Amiens.

De Dinouart, la posteridad recuerda sus traducciones latinas, sus numerosas y apresuradas compilaciones, sus reimpressiones casi literales de obras más o menos conocidas, publicadas por otros autores. Así, uno de sus biógrafos, Camus, cuenta que el abate Sabatier de Castres dice de sus traducciones que «son las menos malas de sus obras porque el fondo no le pertenece» («Un prêtre amiénois féministe au XVIII<sup>e</sup> siècle: l'Abbé Dinouart [1716-1786] auteur du *Triomphe du sexe*», *Bulletin de la Société des Antiquaires de Picardie*, vol. 39, 1942, pág. 262).

Más que como autor, sus biógrafos insisten en el hecho de que hay que considerarle, cosa que en la época no parece nada excepcional, como editor, más grave incluso, como plagiarlo, algo que, además, le valdrá a propósito de *El arte de callar* el apodo de Alejandro de los plagiarios. (Para más precisiones bibliográficas, remitiremos al lector al abate Daire, *Histoire littéraire de la ville d'Amiens*, París 1782, págs. 347-359.)

de poner fin, con *El arte de callar*, a la larga serie de artes de hablar que jalonan la retórica de la edad clásica? ¿O poner un punto final a la idea misma de retórica? Nada de eso. *El arte de callar* es, en efecto, un *Arte de hablar*, un capítulo más de la retórica.

Debido, ante todo, a la posición paradójica de quien lo enuncia, se ve obligado, para dictar sus reglas, a infringirlas, porque no hay nada fuera del lenguaje, ni nada contrario a la retórica. Tampoco hemos de esperar hallar en Dinouart el enunciado de una mística, la reivindicación de un mundo encastado en el silencio, o un intento de articular lo inefable en una lengua fundamental. Dinouart no es un contemplativo, sino un hombre de mundo y un polemista. *El arte de callar* no es un tratado ni del recogimiento ni del éxtasis: no tiene por meta callar ante Dios, ni trata de enunciar en una lengua mística el silencio primero en que Dios y el hombre estaban confundidos. No ha perdido ninguna de las finalidades prácticas de las artes retóricas: no es un arte de hacer silencio, sino más bien *un arte de hacer algo al otro por el silencio*.

Un signo, una sonrisa que se os escape puede volver más criminales todavía a los que se escapan por creer que os divierten y os agradan. Que hable entonces vuestro rostro por vuestra lengua. El sabio tiene un silencio expresivo que se vuelve una lección para los imprudentes y un castigo para los culpables<sup>2</sup>.

El rostro habla por la lengua y no basta, para callarse, con cerrar la boca. Porque «no habría en eso ninguna diferencia entre el hombre y los animales»<sup>3</sup>. El silencio del hombre *debe significar*; *El arte de callar* es un paradójico arte de hablar, invita a «gobernar» o «contener la lengua», a otorgarle sólo una «libertad moderada» para incitar mejor a la *tacita significatio* de la elocuencia muda, la del cuerpo y del rostro: *El arte de callar es un arte y una disciplina del cuerpo*, una contribución a esa parte funda-

<sup>2</sup>Abbé Dinouart, *L'Art de se taire*, Desprez, París 1771, pág. 52; Jérôme Millon, colección Atopia, 1987, pág. 105 (a partir de ahora J. M.).

<sup>3</sup>*Ibid.*, pág. 3 (J. M., pág. 62); cf. *infra*, pág. 48.

mental de la retórica, tan importante en la edad clásica y luego despreciada: *la acción oratoria*.

Y al tratado de Dinouart le interesa recordar, siguiendo muchos otros, que el silencio es un componente fundamental de la elocuencia. Que no podría comprenderse el efecto de un discurso a partir únicamente de la invención verbal que ese discurso puede desplegar, como no podríamos restringir la retórica a una taxonomía de giros y figuras. Y que, a poco que aceptemos apartarnos del «torrente» y del «abuso» de las palabras, veremos al cuerpo del orador ponerse silenciosamente a hablar. En efecto, en materia de elocuencia, la acción «se dice de todo lo exterior del orador, de su actitud, de su voz, de su gesto, que debe casar con el tema que trata: “La acción”, dice Cicerón, “es por así decir *la elocuencia del cuerpo*: tiene dos partes, la voz y el gesto. Una afecta al oído, la otra, a los ojos; dos sentidos, dice Quintiliano, por los que hacemos pasar nuestros sentimientos y nuestras pasiones al alma de los oyentes”»<sup>4</sup>.

<sup>4</sup>*Encyclopédie* de D’Alembert, s. v. «Action».

La acción es un arte del cuerpo y un arte de la voz. En *El arte de callar*, Dinouart abandona la *pronunciación* y limita la retórica del cuerpo al gesto y a la expresión, que reduce incluso a un *arte de lo poco*, el del cuerpo inmóvil, del gesto medido, de la expresión contenida. Desde este punto de vista, *El arte de callar* es indisociable de otro tratado del abate Dinouart, aparecido en 1754: *L'Éloquence du corps dans le ministère de la Chaire ou l'action du prédicateur* [La elocuencia del cuerpo en el ministerio del púlpito o la acción del predicador]. Este último ya anunciaba *El arte de callar*: «Un hombre embargado por un gran sentimiento permanece inmóvil un momento. Esa especie de sobrecogimiento mantiene en suspenso el alma de todos los oyentes»<sup>5</sup>.

Se encontrarán ahí, de *El arte de callar*, todos los elementos de lo que constituye el fondo de la obra: el recuerdo de *la dimensión del silencio en la elocuen-*

<sup>5</sup> A. Dinouart, *L'Éloquence du corps ou l'action du prédicateur*, Desprez, París 1761, 2.<sup>a</sup> ed., pág. 237.

*cia del cuerpo*, de un lado; las exigencias de una *ética del silencio en la palabra y en la escritura*, del otro.

Prácticas del silencio:  
plagio, censura, civilidad

Dinouart nos dice que habría una epidemia de hablar y de escribir:

La furia por hablar y por escribir sobre la religión, sobre el gobierno, es como una enfermedad epidémica, que afecta a un gran número de cabezas entre nosotros. Tanto los ignorantes como los filósofos del día han caído en una especie de delirio<sup>6</sup>.

Son muchos los enfermos, según el diagnóstico del abate, «que se han perdido por la lengua, o por la pluma». El tono es entonces violentamente polémico.

<sup>6</sup>A. Dinouart, *L'Art de se taire*, *op. cit.*, pág. 4 (J. M., págs. 57-58); cf. *infra*, págs. 41-42.

mico. Dinouart tiene sus blancos: los «nuevos filósofos» o «filósofos del día», que se dedican a abusar de las palabras. Y Dinouart arremete contra los racionalismos de todo género, contra la dialéctica, contra el materialismo y contra todos los pensamientos que sitúan la razón por encima de la revelación, la fe o la tradición. La razón se autoriza a hablar y a explicar allí donde el espíritu debería permanecer en silencio frente al misterio de la fe. Y, más allá del filósofo, condena al incrédulo y al hipócrita, al libertino y al espíritu corrompido, al herético y al blasfemo. Arremete contra el exceso de palabras y, sobre todo, contra la difusión del libro, contra el «veneno» de los libros y contra el escritor como «envenenador público», que corrompe el Estado, las costumbres y la religión.

Siempre se consideró como un mal sin remedio la circulación de una obra anticristiana que, pasando de mano en mano con una rapidez sorprendente, difunde las tinieblas en todas partes donde se detiene<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pág. 279 (J. M., págs. 173-174).

*El arte de callar* participa así de la respuesta al desarrollo de las fuerzas políticas y de las corrientes filosóficas que, en esa segunda mitad del siglo XVIII, impugnan la autoridad de la Iglesia, mientras la vida social y la investigación científica escapan paulatinamente a la enfeudación religiosa y mientras el ascenso de las luces y del individualismo minan el control de los estamentos tradicionales. La publicación, en 1771, de *El arte de callar* es un acto político, una llamada al orden, en el sentido más fuerte del término.

Hay que defender a la Iglesia y reducir al silencio a quienes la atacan. Es entonces cuando el texto se convierte en testigo de una nostalgia: está habitado por el recuerdo de un *poder perdido de hacer callar*. «¿Cómo cerrar la boca a los hipócritas?»<sup>8</sup>, se pregunta la voz anónima que habla a través de Dinouart. Y el texto sueña entonces con una «reforma general de los escritores», que comenzaría «por una búsqueda puntual y severa, poco más o menos

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 127.

como la que se emplea cuando se trata de exterminar de un país a los envenenadores»<sup>9</sup>. Nostalgia tardía, defensiva y desplazada del gran silencio de la Inquisición: *El arte de callar* amenaza entonces a los filósofos charlatanes con la «espada de la justicia», con el «fuego vengador», con las «lágrimas de la penitencia» y con el «silencio eterno»<sup>10</sup>.

La Iglesia es, en verdad, una madre tierna y compasiva que no exige la muerte del pecador; desea ardientemente que viva y se convierta; ése es el objetivo de sus afanes; ésa es la meta de sus lágrimas y de sus plegarias; pero su ternura tiene límites<sup>11</sup>.

Sin embargo, habrá que considerar remedios más suaves, porque la edad de los silencios a hierro y fuego ya ha pasado.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 145 (J. M., pág. 120); cf. *infra*, pág. 66.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pág. 128.

<sup>11</sup> *Ibid.*, págs. 247-248 (J. M., pág. 153); cf. *infra*, pág. 108.

En el pasado se empleaba una voz muy breve para acallar a quienes apartaban a los fieles del culto establecido para honrar al verdadero Dios. Se lapidaba a los impíos, de acuerdo con la orden de la ley antigua... Medios realmente vigorosos, pero los hay más suaves y más conformes con el espíritu de la religión<sup>12</sup>.

En adelante, habrá que pensar en Dios en silencio, meditar, reflexionar, hablar poco. Hacer del silencio una disciplina, antes que un *mandamiento*, un imperativo moral antes que un acto de fe. Y volverse así «cristiano y súbdito».

Deseo que la presente obra sea útil en esta época en que el silencio se ha vuelto indispensable, por ser, para muchas personas, un medio seguro de conservar el respeto por la religión y de procurar al Estado ciudadanos fieles, discretos y virtuosos<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pág. 128.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 8 del prólogo (J. M., pág. 59); cf. *infra*, pág. 44.